

Sociedad y barbarie

melusina [sic] propone al lector una serie de reflexiones concisas, contundentes y microcósmicas sobre los aspectos básicos de la condición contemporánea.

Otros títulos de la colección:

Introducción a la cultura china

Ernest Fenollosa

La gran utopía

Iñigo Bolinaga

Necropolítica

Achille Mbembe

Cómo expropiar a los bancos

Núria Güell (coord.)

Guerra y revolución

Karl Marx

Barcelona

Marc Caellas

El judío errante ya ha llegado

Albert Londres

Ignacio Castro Rey

Sociedad y barbarie

Presentación a cargo
de Miguel Morey



melusina [sic]



© Ignacio Castro Rey, 2012
© De la presentación: Miguel Morey
© Editorial Melusina, s.l., 2012
www.melusina.com

Reservados todos los derechos de esta edición

«Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.»



Impresión: Romanyà Valls, s.a.

Depósito legal: TF-213-2012

ISBN-13: 978-84-96614-63-5

Impreso en España



Contenido

| | |
|---|-----|
| <i>Presentación</i> | 7 |
| Prólogo | 15 |
| Introducción | 19 |
| I. La clase como principio de individuación | 30 |
| II. Dios resucita en la Historia | 76 |
| III. La muerte y el trabajo de la socialización | 115 |
| IV. Modernizar: abolir la contradicción | 155 |
| Epílogo | 194 |
| Agradecimientos | 205 |



Prólogo

*También a mí me gustaría que todo se resolviese
con aislar a la oveja negra.*

P. P. Pasolini

~ Este libro intenta una crítica del pensamiento de Marx y de las consecuencias de una socialización total que él, como pocos, ayudó a encumbrar. Lo que entonces se llamó «materialismo» se intenta presentar aquí como *ideología*. Se busca desentrañar la noción de un hombre determinado por el contexto social y económico, vaciado de alma por un esencialismo histórico cómplice de la *Weltanschauung* ilustrada y liberal. El texto se extiende sobre los límites ontológicos del pensador de *El capital*. Recorre, podríamos decir, aquellas figuras del arraigo —la vida individual, la familia, lo local, la nación, la religión— que constituyen los demonios de la libertad occidental y de Marx como uno de sus ideólogos.

Las páginas que siguen apuestan por una comunidad inmediata, que permanece entera en cada hombre. Defienden la potencia ética y política de una existencia cualquiera, sin clase, libre de una esencia suprasensible que la determine por

fuera. Así pues, no se trata de una incursión en el pasado, del análisis de un momento venerable del pensamiento en esta parte del mundo que llamamos Occidente. Analizar el pensamiento de Marx nos obliga a pensar de nuevo la coacción espiritual que se ejerce día a día sobre nuestras vidas.

Tomando en serio el supuesto envés de nuestra cultura que representa el pensador de Tréveris, hemos pretendido revisar la ortodoxia de fondo que cohesionaba esta región en la que vivimos los que sostenemos una tenaz vocación civilizatoria. La dificultad estriba en que es imposible volver a pensar a Marx, desde las raíces, sin remover un canon metafísico que guía nuestra cultura.

Mientras resuenan los ecos de la revolución política en Túnez, Egipto, Siria y casi todo el mundo árabe, nos atrevemos a preguntar: ¿es necesario, es posible ahora un «antes» de Marx? Sin ninguna nostalgia de tiempos mejores, intentaremos desenterrar un *antes* que permanece, indiferente a los aspavientos de este genial normalizador del pensamiento. Adelantemos, para evitar malentendidos, que es casi cualquier «marxismo» lo que hoy nos parece salvable. Y no nos referimos tanto al progresismo que nos mantiene como una piña en torno a las consignas consagradas, como a la incómoda disidencia que hierde una opinión que Marx ha ayudado a convertir en verdad indiscutible. Hablamos del trabajo corrosivo, con

frecuencia de ideología híbrida, que se expresa a través de Deleuze, Handke, Agamben o Sokurov. Con razón, se dirá: ¿qué tienen esos nombres en común? Tal vez comparten una línea de fuga que ayuda a pensar al margen de nuestra mitología política.

La persistencia de Marx en nuestra cultura se arraiga en la religión del progreso histórico, una teleología al parecer indiscutible en la modernidad occidental. Con la socialización a ultranza que Marx ha reforzado, la «democracia formal» ha conseguido hacerse prácticamente *material* y encarnar de nuevo a Dios en la historia. Mientras, la tierra y sus pueblos —más comunitarios que socialistas— son mantenidos a distancia para no hacerle sombra al laico credo industrial, económicamente consistente. Es significativo que también la naturaleza sea hoy sometida a una especie de teleología invertida, una catastrófica perspectiva de «cambio» que resta cualquier sentido a su misterio impolítico.

El referente de este ensayo es pues la hipótesis de una infancia de la humanidad, una «minoría de edad» que no tiene remedio. Ni es deseable que lo tenga: ¿qué nos une a los otros, esa multitud abigarrada de las afueras, más que una relación infinita con la finitud, con un *subdesarrollo* constitutivo? Precisamente por esto, cualquier «marxismo» es reivindicable como voluntad de pensar

desde *abajo*, desde la pobreza y el sufrimiento ocultos, desde la injusticia que sufre esa estirpe *cualsea* cuya figura externa, sea el musulmán o el eslavo, siempre representa el enemigo externo, la escoria sacrificable que se necesita para que las cosas marchen. Reivindicamos cualquier posición que haga pie en el exterior de esta aldea local en la que vivimos. Tales análisis deben realizar en nuestra *sociedad internacional*, mostrando su limitación cateta, la labor que la «pérfida Albión» ejercía en el Continente al intentar que ninguna potencia alcanzase la hegemonía, amurallando una región de la tierra como Imperio.

¿Cuál es el primer síntoma de esta benéfica labor hiriente, que puede adquirir ideologías tan diversas? Al igual que la acción moral en Kant, diríamos que su señal es que *humilla* el egoísmo, lesiona la endogamia de nuestra unanimidad. En efecto, tal y como se ha dicho en algún lugar, ¿qué es el pensamiento si no *divide* a los hombres, si no descubre el integrismo que se oculta tras la ruidosa multiplicidad? Es posible, pues, que estas «Tesis sobre Marx» sigan siendo *marxistas* en algún sentido primario.



Introducción

~ Las sucesivas heterodoxias de influencia marxista, desde la Escuela de Frankfurt al estructuralismo, han tenido el efecto perverso de desdibujar un corpus teórico que sigue intacto tras cada relevo generado desde dentro. Llama la atención que incluso los pensadores más audaces posteriores a Nietzsche —de Benjamin a Sartre, de Heidegger a Deleuze, de Derrida a Agamben— hayan intentado salvar la ontología de Marx detrás de las supuestas mistificaciones de las que habría sido víctima. Incluso la atrevida deconstrucción se para a los pies de este pensador.¹ Mientras, en cada ocasión crucial, un bajo de fondo repite los *topoi*

1. Jacques Derrida, *Espectros de Marx*, Trotta, 1995, pp. 65 y ss. Estando todo el libro lleno de hallazgos (incluida una sorprendente reivindicación de Stirner) y alejado de la deconstrucción canónica, es sin embargo muy respetuoso con Marx. A pesar de todo, Derrida llama continuamente a «asumir su herencia como tarea», lo que hay de mutante y «vivo en su espectro», etc.





que nos impiden pensar la existencia, el hombre, la religión, la historia... y sobre todo, *la esencia no económica de la economía*.² Hasta el genio de Tiqqun, y sus descendientes *invisibles*, tratan a Marx con mucha delicadeza, intentando salvar una última profundidad pensante que se mantendría intacta bajo la ruina de las sucesivas lecturas y de la implicación del apóstol de la modernidad en la gigantomaquia del Imperio.³

2. Sólo desplazando la muerte al final —en definitiva, a otros— la economía parece crucial, la infraestructura que determina a los hombres. Pero esto es profundamente «anticomunista», pues los hombres son mortales en cada momento, y en esto estriba precisamente su comunidad. Una política que no tenga en cuenta esto, que hasta ayer despreciábamos como «privado», es cómplice de la gestión *biopolítica* que nos mantiene atrapados. Agamben ha realizado un interesante análisis del origen teológico del concepto de economía, aparentemente libre de connotaciones metafísicas. Giorgio Agamben, *El reino y la gloria. Por una genealogía teológica de la economía y del gobierno*, Pre-Textos, 2008, pp. 33-65. Al respecto, son también impagables las páginas que Tiqqun dedica al trasfondo «psicológico» de lo que llamamos economía. Tiqqun, *Introducción a la guerra civil*, Melusina, 2008, pp. 38-41.

3. Tal vez Baudrillard, mucho antes de entrar en el territorio de Foucault y cuando Derrida todavía estaba iniciando la apuesta por la diseminación y los márgenes deconstructivos, ha sido de los pocos pensadores contemporáneos que se han atrevido a discutirle a Marx cuestiones esenciales en su propio terreno. Jean Baudrillard, *El espejo de la producción*, Gedisa, 1983.



Se trata entonces de volver a entrar en el santuario «Marx» para aproximarnos a la soberbia coherencia de este Occidente integrado por el saber, por un *racismo teórico* (Baudrillard) que no quiere relación con las sombras. A la manera de la incansable labor de zapa de algunos creadores que indagan en el pantano de nuestra normalidad, en la estructura cultural del miedo, en la hostilidad generalizada que se oculta tras nuestro afán de transparencia.⁴

Es la filosofía de Marx, lo que él tiene de más complejo y teórico, lo que hoy se nos presenta como un conjunto reactivo de certezas, el último baluarte de una ideología profundamente cómplice con la *separación* que Weber ponía en la base del espíritu capitalista. El positivismo dialéctico

4. El marxismo, para el cual Marx es un estorbo, decíamos, es desde hace tiempo una voluntad *analógica* de romper el cerco digital de las situaciones y volver a un fondo, a una herida tapada. Pensar fuera de los signos que circulan: labor para la cual las ideologías políticas ya son un poco secundarias. Por ejemplo, el «marxismo» de Berger estudiando la imagen moderna; el de Sennett estudiando la corrosión del carácter. El «marxismo» de Debray estudiando el trasfondo racial de nuestra agresividad democrática contra los países a los que se podía golpear impunemente... El de Virilio estudiando la coacción ontológica de la velocidad. Como ven, para todo esto Marx, y hasta el nombre de «marxismo», no sirve de mucho.

ha contribuido a consagrar de manera interclasi-
ta lo peor del dogma judeocristiano, esa antigua
aversión al dios pagano de la tierra, a un senti-
do de la finitud que hoy nos permitiría escuchar
otra vez la soledad del hombre y los puentes que
nos unen con otras culturas. El primer pensador
marxista se mantiene como un formidable obs-
táculo —ese mérito no se le puede negar— para
que Occidente vuelva sobre sus pasos y logre en-
tender algo del extraño mundo que se abrió hace
décadas.

Resolver por fin la contradicción, separarse de
la herida sangrante que es vivir, es lo que impul-
sa esa tenaz y sustantiva trascendencia hacia una
inmanencia *futura* en Marx. Todo el anterior tra-
tamiento filosófico en torno a la contradicción,
esa cadena de oposiciones casi siempre insalvables
que han abordado los clásicos —cosa e idea, po-
tencia y acto, naturaleza y Dios, fenómeno y nóu-
meno, historia y vida— desemboca ahora en la
contradicción entre infraestructura y superestruc-
tura, entre proletariado y burguesía. La tentativa
marxiana de *superación*, heredera de la *Aufhebung*
hegeliana, debe resolver de una vez por todas la
contradicción, permitiendo que la vida de los
hombres se haga al fin transparente en la super-
ficie de la historia.

La eficacia de este sistema implícito y omni-
presente está en relación directa con la simpli-

cidad que oculta. La fuerza intelectual de Marx consiste en su voluntad titánica de «conciliar lo inconciliable»,⁵ de superar la paradoja de la existencia, encauzándola por fin en la dialéctica de la *historia*. Tras su aparente derrota política, el triunfo *cultural* de este canon estriba en su enorme energía para reformar indefinidamente el capitalismo; para hacerlo flexible y apuntalar el fetichismo de una economía política que se hace popular aupando al poder la imaginación minoritaria. Se cristaliza así el fetichismo de una alternancia que convierte en eterno nuestro nihilismo. Ni siquiera con los ecos tardíos de las otras culturas, mezcladas con las imágenes del terrorismo, asistimos en Occidente a la urgente ruina conceptual de Marx bajo la *gaya ciencia* de Nietzsche, cuya sabiduría *oriental* permanece cuidadosamente apartada.

Es necesario afrontar el corazón marxiano de esta niebla del nihilismo, una constelación de órganos sin cuerpo que constituye el flanco izquierdo del esencialismo occidental. Religión líquida, sin solidez doctrinal ni Ente Supremo, pues el nihilismo del aislamiento y la comunicación no es nada, nada más que la negación del absoluto de la inmediatez. Por tal motivo, esa negación, esencial

5. Karl Marx, *El capital. Libro primero. El proceso de producción del capital*, Siglo XXI, 1984, p. 15.



a nuestra pragmática diaria, no está en ningún lado y está en todos. Un fantasma, su flexibilidad cadavérica es todo lo que se necesita para sujetar a la humanidad debilitada que somos.

Intentaremos, pues, encarar la coherencia interna de una filosofía que, bajo coartadas científicas, se apoyó siempre en una vida mutilada por la vigilancia colectiva, por una sacralización de la Historia y de su infatigable control sobre el pensamiento.⁶ A pesar de sus viajes en varias lenguas, es llamativo lo inamovible que es Marx, la coherencia casi militar de su esquema. Esa «dureza de corazón» no sólo conquistó Rusia, sino antes medio mundo cercano. Ciertamente, era muy consoladora la idea de que, por fin, podíamos localizar el Mal en una estructura determinada. Resultaba tranquilizante esa instalación «científica»

6. Barbarie con rostro humano, se ha dicho. Pero las presentes *tesis* sobre Marx no tienen nada que ver con los llamados «nuevos filósofos» de entonces. No sólo en el sentido de que aquí se ataca al Marx filósofo y se salvan todos los marxismos sino, ante todo, en el sentido de que se ataca en Marx su falta de potencia ontológica para pensar la totalidad de lo existente, el sentido de la inmediatez real, de resultados de lo cual se acabó santificando la conexión mundial del individualismo y la Sociedad como nueva religión. En suma, podría decir Deleuze, a través de una doctrina investida de una insólita arrogancia laica y científica, se acabó eternizando de manera laica la «enfermedad europea de la trascendencia».



de la Historia como despegue, tren general para escapar de algo que *jamás debería volver*.

Si se nos acusa de magnificar otra vez a Marx con una crítica totalizante, respondemos que *Él* sigue operativo precisamente en estado larvario.⁷ De igual manera que los «paradigmas» de Kuhn guían ocultamente a la ciencia, el autor de *Miseria de la filosofía* sigue operando deconstruido, sin coherencia sistémica, como un juicio mudo que nos impide tomar en serio todo lo que, ya en el siglo XIX, intentaba pensar de otro modo el drama del hombre en esta época. Nuestra socialización panóptica no ha triunfado, en versión liberal o comunista, sin antes separar a cada hombre del fondo espectral que latía *entre* los seres y les daba vida.

7. Los ejemplos de los efectos perversos de Marx en el pensamiento contemporáneo se multiplican. Los límites ontológicos del marxismo, en relación a lo *impolítico* de la existencia, se siguen notando en la crítica de Rancière (en «Los usos de las distinciones» o *El espectador emancipado*) a la *superpotencia* o a la *inmediatez ética* en el arte; en la equiparación por Laclau del acercamiento a lo impolítico —particularmente en Agamben— con el «nihilismo político»; en el desprecio en casi todos los pensadores contemporáneos hacia Baudrillard. Igualmente Žižek, cuando (*Órgano sin cuerpos*, Pre-Textos, 2006, p. 218) acusa a Deleuze de «vitalismo irracionalista». La lista de restricciones donde Marx actúa como censor es larga. Es urgente, si queremos salir de la endogamia occidental, romper el relevo de Marx a través de otros nombres.

No hace falta deletrear a Freud o a Nietzsche. Solamente se precisa atender a la agonía a cámara lenta que es nuestro presente para interpretar lo que significó la reiteración despectiva de las palabras *niebla*, *bruma*, *fantasmagoría*, *rocío sensual*, *teología*, *mística*... Estas cien dagas, una y otra vez enfiladas contra todos los que pensaban el ser del hombre y nuestra infraestructura cultural de otro modo, han permitido cortar en dos el hilo del pensamiento. En una operación de reducción sin precedentes, han logrado obturar la enigmática comunidad de una existencia que, vaya a donde vaya la Historia, jamás dejará de estar cargada de un sentido mortal.

De paso que se llevó el pensamiento a la economía política, ésta ocupó el horizonte del pensamiento. Marx hace una crítica «radical» de la economía, pero esa crítica —como se acusaba a Feuerbach de hacer con la religión— sigue teniendo la forma de la economía política, con lo que una nueva cadena de fetichismos se consagra hasta el fin de la historia. Pues bien, es hora de afrontar tal ultimátum, el *Achtung!* de una normalización a la que le debemos el estalinismo social de nuestra cultura. Se trata de un integristismo feroz, pues es el integristismo del vacío, de una abstracción neutra y universal. La doctrina política de Marx está «deconstruida» en los contenidos expresos de su dogmática, es cierto, pero sigue

estando imperialmente presente en nuestra *pasión estructural*, a través de una incontestable ideología progresiva y productiva. La extrema derecha sólo expresa a gritos, ganando adeptos, lo que nuestra entera clase política dice con la boca pequeña.

Marx «no nació marxista», es cierto. Aclaremos que en el curso de este estudio hemos sentido una piedad incondicional hacia el hombre que entrega su vida —y la de los suyos, a quienes sin duda ama— a una causa febril en la que *crea* con devoción, una aventura entonces improbable. Lo mejor del marxismo inicial es esa voluntad «cristiana» de herir el centro con el grito de las afueras, aunque sólo fueran las afueras industriales de nuestro mundo. Pero la doctrina marxista enseguida entró en un largo proceso de tesaurización, gradualmente triunfal. Así hasta la coherencia de una teoría que, particularmente en *La ideología alemana*, se muestra arrolladora en la coacción que ejerce sobre el presente.

Junto a otras, en este libro se maneja la hipótesis inquietante de que los llamados «crímenes del comunismo» serían hermanos de leche del programa liberal burgués. Se trataría de dos caras de un mismo muro, el individualismo y su socialización, que amenaza con agrietarse desde hace décadas y redobla por eso su multiplicidad. Ahora bien, de igual modo que no existe el autoanálisis, tampoco es posible —en contra de lo que



pensaba Adorno— que la Ilustración triunfante reflexione serenamente sobre sí misma, en una dialéctica conceptual puramente *negativa*. No hay saber, por dialéctico que sea, que nos ahorre la experiencia de lo irremediable. Es necesario atender a los signos éticos y políticos de un afuera traumático. Es preciso atravesar el fantasma progresista de nuestra superioridad y escuchar lo que dice la *barbarie* que nos rodea, por fuera y por dentro de nosotros. Volver a pensar, al margen de Marx, con lo más atrasado de nosotros mismos.

A Karl Marx le asaltó, hasta la enfermedad, la certeza de haber descubierto por fin la clave de la historia. Una historia cuya línea general no puede tener «clave», pues ésta precisamente radica en una escena primitiva que jamás será propiedad de la historia. Ese exterior real se limita a *asaltarla*, enturbiando inesperadamente su espejo. Como recordaba Joyce, las revoluciones que configuran el mundo nacen de los sueños y visiones de un campesino en la ladera. Una ladera que no cambia en su indiferencia hacia la historia. A pesar de una ideología que intenta encuadrar a la naturaleza en nuestra historia, el «silencio de Dios» permanece en el silencio de la tierra. No existe ninguna atalaya transhistórica desde la cual se pueda evaluar el sentido de la historia, ni decretar que ésta camina hacia algún sitio que nos libre del enigma de la inmediatez sensible. En este punto, es obvio



decirlo, el autor de *El 18 brumario* es heredero de una interpretación lineal de cierta escatología cristiana. Historicidad cristiana y marxista, por cierto, nacidas ambas de un fracaso de la *parusía*, de una crisis en la esperanza de una revolución *en el presente*.

De manera que abordaremos a Marx como fuente de alienación, de ortodoxia, de seguridad. Las páginas que siguen proponen no ceder en cuanto a la referencia a un suelo del hombre que nunca ha cambiado, que no puede cambiar. No ceder en lo que ese suelo tiene de *inconfesable* en cualquier sociedad. Intentaremos considerar incluso la Modernidad como una férrea estructura de defensa ante esa social y socrática ignorancia, esa exterioridad que una y otra vez retorna en el cara a cara del hombre con la muerte, con el enigma de vivir. Sin este fondo primitivo, la *praxis* culminante del pensamiento que todavía llamamos arte no tendría ningún sentido. No olvidemos que la poesía se puso con frecuencia de acuerdo con los movimientos de utopía social, raramente con el marxismo científico.